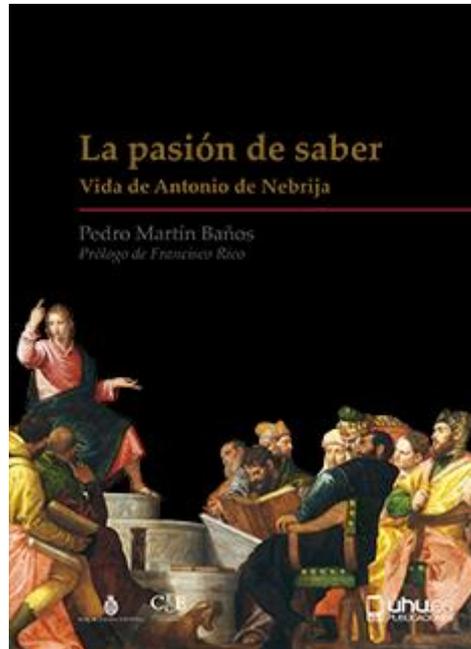


Pedro Martín Baños. *La pasión de saber. Vida de Antonio de Nebrija*, con prólogo de Francisco Rico. Biblioteca biográfica del Renacimiento español, 1. Huelva: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Huelva, 2020. ISBN 978-84-17776-61-9. 643 pp.

Reviewed by: Alejandro Coroleu
ICREA-Universitat Autònoma de Barcelona



Esta biografía “de hechos, datos y documentos de Antonio de Nebrija” —así nos la presenta su autor— es una auténtica joya de la investigación sobre el Humanismo y el Renacimiento hispanos. Impecablemente dispuesto y escrito, el volumen ofrece, efectivamente, una cronología minuciosa de la vida y obra de Elio Antonio de Nebrija, dividida en once capítulos que documentan las idas y venidas del biografiado por España e Italia. Sin embargo, más allá del mero acopio de papeles conocidos o inéditos sobre Nebrija, el libro que aquí reseñamos constituye un completo retrato de nuestro humanista, articulado sobre todo desde tres perspectivas. Una de ellas es el mundo donde Nebrija se movió, con algún paréntesis, a lo largo de toda su vida, el ambiente universitario castellano entre los años 1458 y 1522, con su pompa y circunstancia, sus planes de estudio cuidadosamente regulados y algunos docentes ciertamente competentes e incluso brillantes, pero también con las limitaciones de muchos otros profesores, la desidia estudiantil y la mezquindad de las decisiones claustales, muchas veces determinadas ya por el peso de la maquinaria inquisitorial. Atento a las relaciones entre mecenas e intelectuales de la época, Martín Baños nos presenta, además, a un Nebrija sumamente consciente en todo momento de la necesidad de arrimarse al poder, fuera éste político, eclesiástico o académico. En las páginas de esta monografía Nebrija se nos aparece, finalmente, como un consumado maestro en el dominio de la imprenta, capaz de controlar y rentabilizar la difusión de sus escritos y, en particular, de su obra gramatical. El resultado de toda la investigación reunida en *La pasión de saber* es un acercamiento biográfico “declaradamente factual”, como advierte su autor, pero una biografía que no desatiende al contexto, que confirma con certeza datos ya sabidos y que invalida algunas hipótesis sobre la vida de Nebrija. Salvo para los meses oscuros transcurridos entre mayo de 1473 y junio de 1475 no hay momento de la biografía de Nebrija que Martín Baños no acierte a documentar con rigor y envidiable precisión.

Todo el volumen está redactado con respeto, casi diríamos piadoso, hacia Antonio de Nebrija y hacia la tradición erudita que desde el siglo XVIII se ha venido ocupando de la vida y de la obra de nuestro humanista. No es casual, pues, que en el primer preámbulo Martín Baños reivindicque la persona del canónigo Ramón Cabrera (1754-1833), noveno director de la Real Academia Española e ilustre lexicógrafo, a cuya autoría restituye indudablemente los *Apuntes sobre la vida y obra de Antonio de Nebrija* (Ms. 8470 de la BNE), que “proporcionaron la armazón” de toda la bibliografía nebrisense posterior. A este primer preámbulo sigue una segunda sección preliminar en el que se justifica el uso a lo largo del libro del nombre (Antonio de) Nebrija para referirse a quien en vida se hizo llamar Antonio de Lebrija. Los párrafos sobre la infancia de Nebrija en Lebrija (pp. 49-71) dan paso al segundo capítulo (pp. 73-102), cuyo escenario es la Universidad de Salamanca, donde Nebrija cursó el bachillerato en Artes entre 1458 y 1463. Aunque los estatutos de la Universidad salmantina puedan parecer conservadores, no lo eran más que los de otras universidades de la época. Lejos de ser la institución anquilosada como se la ha querido a veces presentar, la universidad que acogió a Nebrija en su juventud constituía un centro de saber dinámico. En este ambiente, donde Nebrija no dejó de pasar oportunidad de promoción social alguna, nuestro humanista supo imbuirse del magisterio innovador de Pedro Martínez de Osma, figura abierta a las novedades que venían de Italia. La impronta italiana se vislumbra en los ámbitos de la Filosofía moral y de la Retórica. Para la primera basta aducir los dos códices salmantinos (Ms. 2603 y 2265) copiados por Nebrija, que contienen la traducción latina de Leonardo Bruni de los aristotélicos *Ética*, *Política* y *Económicos* y de algunos diálogos platónicos. Para la segunda sirve recordar la miscelánea incluida en el manuscrito 98-27 de la Biblioteca de la Catedral de Toledo, en la que Nebrija recogió un extracto de las *Ad familiares* de Cicerón.

El 2 de marzo de 1465 Antonio de Nebrija era admitido en el Colegio de los Españoles de Bolonia. A la estancia nebrisense en la ciudad italiana dedica Martín Baños los capítulos tercero y cuarto de su monografía. En “*La cuenta de mi vida: una autobiografía maquillada*” (pp. 103-23) se nos describe el complejo proceso mediante el cual Nebrija, en el prólogo del *Vocabulario español-latino*, construyó de manera sofisticada y consciente su propia imagen de excelente humanista, que le obligaba a omitir cualquier referencia al año y medio “perdido” en la solicitud de una beca boloñesa y le permitía alargar hasta a una década el quinquenio que en rigor permaneció en Italia. La mistificación nebrisense se hace todavía más evidente en “*Bononia docet. En el Colegio de los Españoles*” (pp. 125-59), capítulo en el que Martín Baños desmonta una a una las piezas del sutil e intrincado entramado sobre el que Nebrija cimentó su aureola de magnífico hombre de letras. Por más que el humanista andaluz declarara años más tarde que había acudido a Italia para restituir en España los “autores del latín”, lo cierto es que el estudiante Nebrija ocupó en Bolonia no una plaza de humanista sino de teólogo, pudiendo así acceder a la lengua hebrea. “No precisamente el foco humanista italiano más pujante”, la Universidad boloñesa le garantizó a Nebrija, con todo, la asistencia a las clases de Retórica y Poética de Galeotto Marzio de Narni y el estudio de la lengua griega. La estancia en Italia le reveló, por último, el vasto universo de los textos grecolatinos y le permitió atisbar los primeros resultados del arte tipográfico.

El “humanista en ciernes” Nebrija regresó a España en el verano de 1470. Lo hizo llamado por el arzobispo de Sevilla Alonso de Fonseca, prelado bibliófilo que contrató a Nebrija como preceptor de su sobrino Juan Rodríguez de Fonseca entre 1470 y 1473. En las páginas del capítulo quinto (149-59) Martín demuestra cómo, pese al título que ostentaba Alonso Fonseca, su asiento no era la ciudad hispalense sino la villa segoviana de Coca. A la muerte de Fonseca en mayo de 1473, Nebrija quedó libre y —como se ha señalado más arriba— su rastro se pierde hasta mediados de 1475, cuando se inició su carrera docente. Con el capítulo sexto se abre la parte central del volumen, que atiende a la “primera navegación salmantina” entre 1475 y 1486 (pp. 161-226), el largo período al servicio de Juan de Zúñiga (pp. 227-304) y el retorno a las aulas de Salamanca en 1505 (pp. 305-61).

Tras su llegada a Salamanca en el verano de 1475 Nebrija se incorporó a las clases al cuidado de dos lecciones diarias de Poesía y Oratoria. Los méritos del profesor y cierta dosis de suerte (el carácter errático de su más firme competidor, Pomponio Mantuano, y la muerte repentina de Alonso Juárez, Catedrático de Gramática) le permitieron lograr la cátedra de Gramática, que ejerció hasta 1486. Fueron años densos, que Martín Baños examina con documentada minuciosidad y que fueron testigos del matrimonio de Nebrija con Isabel de Montesinos, de su rivalidad con Lucio Marineo Sículo y de las acusaciones de herejía contra Martínez de Osma. Pero fueron, sobre todo, años en los que Nebrija creó escuela, consciente de que la definitiva implantación de los estudios de humanidad en la Universidad salmantina sólo podía venir de la mano de la reforma en la enseñanza de la lengua latina a partir del programa de Lorenzo Valla. Durante esta década larga Nebrija asistió al nacimiento de la imprenta salmantina, a la que el Catedrático de Gramática — Martín Baños nos lo demuestra de modo concluyente— contribuyó con un ejemplar de hacia 1478 de las *Differentiae ex Laurentio Valla, Nonio et Servio Honorato excerptae*, de las que sólo han sobrevivido ediciones posteriores. Estas primicias editoriales de Nebrija constituyeron un avance de lo que vendría a partir de 1481, con el éxito colosal de las primeras *Introductiones Latinae*, que fueron creciendo en sucesivas reimpresiones en los años siguientes y que cimentaron la fama de su autor, cada vez mejor relacionado con la corte real y con los círculos aristocráticos castellanos.

A uno de estos aristócratas y reconocido bibliófilo, al hijo menor de los duques de Plasencia, don Juan de Zúñiga, sirvió Nebrija durante más de 17 años. A lo largo de estas casi dos décadas Nebrija siguió a su señor entre Andalucía y Extremadura. A propósito del itinerario nebrisense junto a Zúñiga, Martín Baños nos aclara que ni en la extremeña Villanueva de la Serena ni en Sevilla pudo haber dictado Nebrija lecciones de Gramática en 1498, como numerosos estudiosos han afirmado. A Sevilla sí que había viajado, en cambio, nuestro humanista años antes, en la primavera de 1490, cuando se celebraron los esponsales de la princesa Isabel con Alfonso, heredero de la monarquía portuguesa. Durante los festejos Nebrija recitó un epitalamio latino que iba más allá de la mera poesía de circunstancias y que devino un cumplido panegírico del reinado de Isabel y Fernando. El poema acercó a Nebrija aún más a los círculos reales —tal aproximación habría de culminar en 1492 con la publicación de la *Gramática sobre la lengua castellana* dirigida a la Reina—, pero no le granjeó (de nuevo Martín Baños da en el clavo) la corona de poeta laureado, como aseguró el padre Olmedo. Durante sus últimos años con Zúñiga, Nebrija se ocupó de comentar el texto de poetas clásicos y cristianos (aquí se podría haber dicho algo más sobre los comentarios perdidos de Juvenco y Arator) y fijó su mirada en el texto latino de la Biblia. En dicho examen se adentró Nebrija al arrimo de las *Adnotationes in Novum Testamentum* de Valla (seguramente —conjetura Martín Baños— de la mano del ejemplar de las anotaciones vallianas publicado en París en abril de 1505). Todo ello le llevaría inevitablemente a conocer al arzobispo de Toledo Francisco Jiménez de Cisneros, que habría de invitar a Nebrija al proyecto de la Biblia Complutense.

Pero no queramos correr tanto. Antes de afincarse, siquiera provisionalmente, en Alcalá de Henares Nebrija completó un trienio en Salamanca a partir del 2 de mayo de 1505, fecha en que tomó posesión de la cátedra de Gramática. El ambiente salmantino se había enrarecido notablemente desde la última etapa del Maestro en la ciudad. Al nuevo catedrático y ya reputado biblista, en estrecho contacto con Cisneros, se le inició una causa inquisitorial y se le acusó de “temerario, escandaloso, impío, sacrílego y falsario”. La respuesta de Nebrija no se hizo esperar: frente a aquellos que, como el inquisidor fray Diego de Deza, juzgaban su interés por los textos bíblicos como una intromisión, reivindicó intencionadamente su capacidad en cuanto gramático para estudiar la Sagrada Escritura. Su trabajo más relevante en este campo fue la *Apologia* (1507), en el que el autor propugnó una revisión de la Vulgata inclinándose por una nueva traducción con la ayuda de las conjeturas.

Tras un “interludio complutense con Cisneros” (pp. 363-87) entre setiembre de 1508 y agosto de 1509, en el que Nebrija —ahora sí— fue nombrado cronista regio, pero en el que

también las “diferencias cordiales” con Cisneros le impidieron colaborar de pleno en el proyecto de la Biblia Complutense, se inició la “última navegación salmantina” hasta 1513 (pp. 391-435). Es un cuatrienio de intervención asidua en la vida académica, dedicado a la lectura de Plinio en la cátedra de Retórica, a la redacción del comentario a Prudencio y a la publicación de diccionarios y ediciones escolares que proporcionaron a Nebrija pingües beneficios económicos. Son los años, no obstante, que culminan en la “acerba despedida” de Salamanca tras la fallida oposición a la cátedra de Gramática en julio de 1513. Pocos meses después el Maestro se establece definitivamente en Alcalá, donde pasa “los últimos años” (pp. 439-83) hasta su muerte en 1522.

A la ciudad complutense Nebrija “no llegó para holgar”. Martín Baños da cuenta de la impronta nebrisense en la redacción del programa de lecturas y ejercicios gramaticales aprobados por las autoridades académicas en 1515 y repasa las ediciones directamente relacionadas con el desempeño de la cátedra de Retórica: las *Silvae* de Angelo Poliziano (reconforta saber que, efectivamente, nuestro humanista preparó el texto para ser comentado en clase), los poemas de Battista Mantuano (mejor de esta manera y no Juan Bautista de Mantua), así como el *De doctrina christiana* de San Agustín, el teatro de Séneca y las comedias de Plauto, ediciones las tres atribuidas, algunas de ellas con más reparos, por Martín Baños a la autoría de Nebrija. En esta sección, como muchas veces a lo largo de todo el libro, se revelan noticias preciosas sobre la penetración en España de los clásicos grecolatinos y del humanismo italiano. Las últimas páginas de este capítulo final van dedicadas al escrito postrero de Nebrija, su manuscrito *In Reuclinum Phorcensem et Erasmum Roterdanum quod de ‘talita’ in Evangelio Marci et de ‘tabita’ in Luca non bene senserunt*, redactado en parte en defensa de su colega complutense Diego López de Zúñiga, con quien Erasmo había entrado en disputa. En este breve tratado Nebrija refutó las lecturas que Erasmo y el hebraísta germano Johan Reuchlin habían propuesto para los términos *talitha* y *tabitha* en Marcos [5,41] y Lucas [9,54] respectivamente. A pesar de las objeciones planteadas Nebrija reconoció los méritos del *Novum Instrumentum* erasmiano y el holandés le devolvió el cumplido. La manera como Martín Baños examina el opúsculo contra Erasmo constituye un perfecto ejemplo de la metodología adoptada a lo largo de *La pasión de saber*: cuando el documento o el hecho, por ignorado o significativo, así lo requiere, el autor se detiene en él y lo examina con rigor, prestando asimismo atención al contexto; si, en cambio, la información —como en el caso del *In Reuclinum Phorcensem et Erasmum Roterdanum...*— ya es suficientemente conocida, Martín Baños prefiere no sobrecargar su análisis “con explicaciones demasiado intrincadas”.

Cierran el volumen una detallada cronología de la vida y obra de Antonio de Nebrija y tres codas, sobre la falsa condición judeoconversa de Antonio de Nebrija, sobre los descendientes de nuestro humanista y una tercera, a manera de conclusión, titulada “¿Quién fue Antonio de Nebrija?”, en la que, de manera convincente, Nebrija queda afiliado al movimiento preerasmista de Alcalá de Henares. En este último apéndice declara Martín Baños haber consultado todos los documentos nebrisenses a su alcance, pero reconoce modestamente que, aun así, le faltan asideros y lamenta que Nebrija no tuviera “el interés de conservar y reunir para su publicación su epistolario” (p. 517). Quizá alguna misiva nos habría ayudado a entender mejor quién fue Antonio de Nebrija, pero a buen seguro nuestro humanista, como Erasmo, se habría preocupado de que sus cartas no pusieran en peligro la imagen que de sí mismo con tanto cuidado se había encargado de cimentar. Una imagen, la de Nebrija, y sobre todo los datos y documentos de nuestro humanista, que ahora conocemos mucho mejor gracias a este libro egregio.